

sión verbal de todos los gobiernos débiles postrados ante el poderoso, de todos los deudores ante el acreedor, sin que por eso la clase pensante de uno solo de los países amenazados en independencia ignore dónde está el peligro común, aunque la diplomacia oficial mienta lo contrario.

Ese es el distingo necesario. Los gobiernos latino-americanos pueden oficialmente adular al gobierno de Estados Unidos; pero los pueblos, cuya conciencia se refleja en la minoría ilustrada, profesan ya sentimientos opuestos al pan-americanismo diplomático y acaso lleguen a mirar como traidores a los gobernantes que por ignorancia y por debilidad sirven los intereses del enemigo: el imperialismo capitalista.

HACIA EL INTERVEN- CIONISMO YANQUI.

Los únicos problemas serios que la conferencia podría haber tratado en beneficio de nuestros pueblos han sido eludidos con aterciopelada hipocresía.

El primero es la limitación de armamentos, como paso previo hacia un desarme progresivo; el segundo, el arbitraje obligatorio para resolver todas las divergencias entre las naciones de la América Latina.

Contra el primero —a pesar de algunas palabras pronunciadas sin fe— conspira la epidemia de locura militarista que ha invadido al mundo después de la gran guerra europea, además de los enormes intereses puestos en juego por los comisionistas que desean vendernos los armamentos sobrantes en Europa.

Contra el segundo, además del furor expansionista de algunos gobiernos, conspira sabiamente el de Estados Unidos, que se beneficia de nuestras discordias para preparar la ocasión de ser solicitado como amigable componedor y acentuar así su «derecho de intervención» en la política interna e internacional de nuestras nacionalidades.

El caso de Tacna y Arica revelará bien pronto toda la astucia y sagacidad de esa política. Los yanquis han hecho creer a los chilenos que resolverían el asunto en su favor, pero al mismo tiempo han hecho creer a los peruanos que lo resolverían conforme a sus aspiraciones. Y como los gobiernos de ambos países necesitan dinero prestado de Estados Unidos, han consentido en evitar la guerra, pidiéndole que les haga la merced de zanjar ese pleito. ¿No es de creer que el Perú, endeudado y colonizado por los yanquis, tendría que resignarse ante una resolución desfavorable que le sería impuesta por su acreedor? ¿Y qué diría Chile si, necesitando algún

empréstito, los yanquis le impusieran una autonomía del territorio disputado bajo el contralor administrativo de Bolivia, que ya ha consentido a Estados Unidos la acaparación de enormes concesiones de zonas petrolíferas? Reconocemos que tales soluciones —que consideramos probables— serían beneficiosas para la paz; pero no puede ocultársenos que ellas han podido ser planteadas por una Junta de Arbitraje latino-americano, sin necesidad de reconocer a los Estados Unidos el carácter de pacificador que le allanará el camino para imponernos mañana, a todos, su derecho de intervención —la enmienda Platt— que ofenda y humille nuestra soberanía nacional.

La conferencia de Santiago, lo repetimos, tiene como único resultado facilitar la política de absorción sabiamente desenvuelta por el capitalismo petrolista. Como los franceses contra Rusia, como los ingleses contra Angola, mañana vendrán los petroleros yanquis a repetir en Sud América las hazañas ensayadas ya contra Colombia y contra Méjico, contra Cuba y contra Nicaragua, contra Santo Domingo y contra Haití. Donde haya petróleo —¡petróleo!— minas, carnes, cereales o café, vendrá el prestamista a hipotecarnos primero y a someternos después, porque la independencia y la soberanía de un pueblo son vil andrajo cuando quedan supeditadas a la intervención de un gobierno extranjero que sirve a la rapacidad de sus trustes.

¿CUÁL ERA EL DEBER DE MEXICO?

ENTRE tanta mentira convencional y tanta farsa diplomática, lo que hizo falta en la conferencia de Santiago fué un hombre que hablara con firmeza, más respetuoso de la verdad que del protocolo, es decir, un Tchicherin latino-americano, que usara en Santiago el mismo lenguaje con que el genial diplomático ruso desbarató las intrigas de los tartufos europeos en la conferencia de Génova, hablando a Francia del petróleo de Bakú y ha-

blando a Inglaterra del petróleo de la Mesopotamia.

Es sensible que el gobierno de México no haya concurrido a la conferencia; allí estaba su lugar de combate, pues no debió asistir como cómplice del pan-americanismo sino como denunciador de los abusos y peligros de la diplomacia yanqui. Su delegado debió ser, naturalmente, un hombre con el talento, la ilustración, el carácter y la moralidad de Tchicherin, dispuesto a exigir que se dijera la verdad sobre la política pan-americana o a obstruir la farsa de todos los serviles que en ella se complicasen.

Esa fué una gran oportunidad perdida para nuestra América Latina. ¿Qué habrían dicho los delegados oficiales de los gobiernos de Colombia y de Cuba, de Santo Domingo y de Centro América, cuando el delegado del gobierno de México hubiese narrado la historia de los atentados intervencionistas con que Estados Unidos ha mancillado todas sus soberanías nacionales? ¿Qué habrían dicho los delegados del Brasil cuando se pidieran explicaciones sobre las misteriosas gestiones yanquis para comprar las Guayanas y hacerse de un Puerto Rico en el territorio mismo del continente sudamericano? ¿Qué habrían dicho los delegados de Venezuela y Perú, Argentina y Bolivia, cuando el delegado mexicano les demostrase que sus riquezas petrolíferas podrán ser, más pronto o más tarde, el origen de intervenciones económicas, políticas y militares de Estados Unidos, como ha ocurrido en México, cuyo gobierno sigue desconocido por los yanquis por no condescender a exigencias que vulneran la soberanía nacional? ¿Qué habrían dicho, en fin, los delegados del Uruguay, cuando se les hubiese demostrado que el proyecto de Brum y Buero —fracasado antes de nacer, naturalmente— tendrá por único resultado entregar a los Estados Unidos la dirección política y económica de todas las naciones latino-americanas?

Se hubieran callado, sin duda, porque todos sus gobiernos cuentan con Estados Unidos para la contratación de nuevos empréstitos; pero ninguno, por una elemental vergüenza, habría osado desmentir a quien hablase el lenguaje de la verdad, aunque es probable que los más habrían votado junto con los yanquis para que no se trataran esos asuntos. Todos, todos, —¿habría algún Judas?— en el fondo de su corazón habrían agradecido al osado que en nombre del derecho y de la justicia hubiera lanzado su anatema contra la corruptora diplomacia del dollar.

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

JULIO BARREDA LYNCH

(Renovación, Buenos Aires).